

Miguel Ángel Tenreiro

Discos de pasta

Colección Tenreiro / #11

 yeshaliteraturaEdiciones

Tenreiro, Miguel Angel

Discos de pasta / Miguel Angel Tenreiro - 1ª ed. revisada
- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ayesha Literatura Ediciones, 2025.

100 p.ÁG. ; 21 x 14 cm. - (Colección Tenreiro / Alex Margulis; 11)

ISBN 978-987-48211-9-5

1. Ficción General. 2. Narrativa. 3. Novelas. I. Título.
CDD A860

© Miguel Angel Tenreiro, 2025

© Arte de tapa y diagramación interior: Adrián Emilio Signorelli

© Imagen de Tapa: Mi Kenneth Kemble I, técnica mixta, (0,74 x 1,30 m), Alex Margulis, S.XX / S.XXI

© Ayesha Literatura Ediciones, 2025

www.ayesha.com.ar

E-mail: ayesha@ayesha.com.ar

Libro de edición argentina

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723

No se permite la reproducción total o parcial, el almacenamiento, el alquiler, las transmisiones de este libro ni del material incluido, en cualquier formato o por cualquier medio sin el permiso previo y la debida mención del autor y el editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Discos de pasta



Índice

Edu	9
Cavi	9
La vecina	19
Cavi	20
Figueroa	32
Cavi	33
Figueroa	34
Cavi	34
Arnoldo.....	40
Cavi	41
Arnoldo.....	53
Cavi	53
Coco	56
Cavi	57
Cavi	58
Figueroa	62
Figueroa	74
Brigitte.....	75
Cavi	76
El Gordi.....	86
Carmelo	87
Cavi	88
La vecina	90
El Gordi.....	91
Edu	91



Edu

La memoria, flujo sesgado de hechos, referencias y relatos. Yo me inventé una memoria de un tiempo que apenas conocí. Recompuse algunas partes y otras las sepulté para que me dejaran vivir. Tardé en volver a la casa en la que encontré a mi primera familia. Sé que ellos no eran tan buenos como los evoco. En su momento mi candidez tamiizó sus defectos y ahora que tengo la sensación de final, el pasado me muerde y se revuelca rompiendo el orden que le impuse.

Logré vivir. El cuerpo me pasa las facturas de una infancia de abusos y excesos. Estudié y siempre estuve vinculado a las cuestiones sociales. Para tolerar las injusticias y crueldades con las que tuve que lidiar me sirvió llegar curtido. Estoy preparado para dejar escapar verdades inaguantables y quizás pueda divertir a mis nietos una vez más con mi forma de bailar, ésa que tantos años atrás hizo reír a Brigitte y emocionó a Cavi.

No fue así, pero para mí fue así.

Cavi

Brigitte caminaba buscándose en el reflejo de cada ventana, de cada vidriera, como si necesitase confirmar porqué seguía atrayendo

las miradas masculinas. Solía cruzarse con Cavi cuando era un nene. Él se hacía el distraído y al alejarse, se daba vuelta para fijarla en su mente. Ella nunca cometió la indiscreción de sorprenderlo hasta que Cavi se atrevió a mirarla a la cara. Ese día intercambiaron sonrisas que ella cargó de intenciones y Cavi apuró el paso tratando de disimular urgencias.

Pasarían años antes de que hablaran.

Cavi despertó en terapia intensiva. No recordaba el choque. Al salir se enteró de que habían matado al Rafa, su odiado hermano mayor. Un tiro en el pecho, decían, en una calle oscura. Después de eso, su padre se había mudado al lavadero en el fondo de la casa. Orinaba en la pileta, se lavaba con una manguerita y a veces pasaba apresurado hacia la calle con una bolsa de plástico demasiado bien anudada. Un día se fue al Hospital apretándose el pecho y no volvió. Su madre transcurrió con el rencor fijo en el bordado esperando que el cáncer galopante que no se había querido tratar hiciera su trabajo.

Cavi tardó en recuperarse, volvió a su casa y la recorrió como si los muros descascarados y los pisos hundidos le debieran respuestas. Muebles de aglomerado hinchado por la humedad y un sillón con lamparones pringosos. El vendedor puso el cartel y le pidió que limpiara. En el lavadero, en un cajón de verduras que hacía de baúl, encontró una caja de municiones y un cartón enrollado como un diploma. Faltaban trece balas y la silueta del blanco agrupaba doce impactos. En el pesado silencio del caserón se desflecaban recuerdos de frases cortadas y miradas de soslayo. Suficiente para tramar sospechas e imaginar historias.

Brigitte siempre tomaba sol desnuda. El tono de su piel podría haber pasado por un tostado natural, pero disfrutaba esos minutos en que el sol la bañaba con su calidez. En el respaldo de la silla de mimbre tenía una calza y una musculosa de fibra sintética. Incómodas pero prácticas y económicas.

El sol entraba de refilón por la ventana y sentada en la cama, se pintaba de negro las uñas de los pies. Maniobraba con un espejito para verse por fragmentos. La panza chata y algunos músculos marcados. Las tetas empezaban a colgarle y por primera vez se alegró de tenerlas chicas.

Dejó el esmalte junto a los perfumes baratos sobre una pila de libros. Allí también tenía un estuche de manicura y su pequeño secador de pelo con la carcasa plástica remendada con cinta de embalar.

Cavi ya no era un nene y al salir de su casa se cruzó con Brigitte que ostentaba una de sus mejores calzas y su infaltable riñonera. Ella lo detuvo, le palmeó la panza y le dijo:

—¡Te estás dejando estar, Cavi!

Empezó a hacer ejercicio y semanas después fue nuevamente sorprendido por Brigitte.

—¡Ahaaa! Me hiciste caso putito.

Pasaron varias semanas más hasta que se atrevió a invitarla un café, y para iniciar conversación indagó sobre su nombre.

— Siempre me dijeron Brigitte.

—¿Y de dónde viene?

Ella gritó:

—¡Tarea para el hogar! Te doy una pista: a mi viejo le gustaban las novelitas baratas.

—¿Y tu nombre en serio?

—Ése es mi nombre en serio.

—El verdadero.

—Ese es el verdadero.

Cavi trató de encauzar la conversación:

—¿Corro peligro de que tu novio nos vea?

—Tenés miedo.

—Digo por si tengo que hacer precalentamiento.

Ella sonrió torciendo la boca y él se arrepintió de preguntar.

—¿De qué?

Ella se la dejó pasar.

—No importa. Me imagino que te llamás Gabriel.

Él negó con la cabeza.

—En la escuela una maestra me reprochó que me la pasaba cavilando y durante dos días fui “Cavilando”.

Llevaban casi una hora de charla y habían cruzado teléfonos. “Todo un éxito”, creyó. Y para alargar el encuentro contestó un interrogatorio que no dejó ningún pormenor de su vida fuera del conocimiento de Brigitte.

—Yo lo investigo —le informó ella un par de días después.

—¿Qué investigás?

—El crimen. Seguro que fue un crimen. Está todo relacionado. No lo ves porque lo tenés demasiado cerca.

—Pará...

—...mientras más tiempo pase más difícil esclarecerlo. Doce tiros en el blanco, ¿dónde está el otro?

—Qué sé yo, errado.

Brigitte sacudió la cabeza y le informó:

—En el pecho de tu hermano. Perdoná que te lo diga así, pero vos mismo me contaste que no se querían ni un poco.

—Bueno, así y todo...

—...tu viejo era un boludo marca cañón, encerrado en su cuartocho sin chupi ni droga, solo así. Esto amerita una investigación.

—Un carajo amerita esto Brigitte.

—¡Eh, la boquita!

—Paremos un poco. La casa está en venta y a la primera oferta agarro viaje y me voy a la mierda.

—La casa se puede refaccionar y a partir de ahí te puedo tomar en serio.

—Mucha inversión.

Brigitte le susurró provocadora:

—Así no vamos a avanzar.

Que ella considerara que era posible avanzar le pareció grandioso. Además, le empezaba a resonar en la cabeza eso de “te puedo tomar en serio”.

Brigitte siguió.

—Hoy mismo me llevás. Hay que hacer una inspección ocular.

—Vos...

Ella lo paró con la mano.

—Mi viejo fue vigilador y además me vi ochocientos mil capítulos de “La ley y el Orden”. ¡Estoy preparada!

Brigitte se puso unos guantes de lavar los platos con la actitud de un cirujano y empezó su inspección del lavadero.

—Ya toqué todo —dijo Cavi.

Ella lo miró ofendida. Él, avergonzado, aclaró:

—A las cosas me refiero.

—Contaminaste la escena —le reprochó Brigitte mientras desplega el blanco para evaluar las agrupaciones.

Él se aburría.

—Buena puntería, ¿no?

Ella negó.

—Tiró de muy cerca, ¿ves? Entre los impactos hay residuos de la deflagración.

Él examinó el blanco y asombrado le pasó la yema de los dedos notando la aspereza del hollín incrustado entre los agujeros.

Ella sonrió.

—A esa distancia ni el más boludo la chinga.

Al irse pasaban por el comedor y ella lo agarró del brazo señalando.

—¡Ey! ¿Qué es eso?

Cavi se quedó extasiado. La pequeña caja fuerte, de la cual habían perdido hacía mucho tiempo la clave, permanecía abierta para

no quedar cerrada. Tres números irrecuperables, cada uno con su sentido de giro, para habilitar el uso de la llave. Recordó a su padre, ceremonioso girando el disco metálico. La bibliotequita colgante que en otras épocas había ocultado la caja, estaba en el piso vacía como un árbol seco. Cavi volvió al presente zamarreado por Brigitte que le reprochaba:

—¡Por qué no me dijiste!

—¿Qué importa?

—¡Es crucial! —gritó ella sacando tres llaves de adentro. Luego golpeó la contratapa y preguntó—: ¿Y esto?

—La chapa que tapa el mecanismo, la sujetan esos dos tornillitos.

Brigitte sacó su navaja suiza de la riñonera y se la tendió. Él suspiró y separó el destornillador. Miró los dos tornillos, intocados por décadas. Brigitte le susurró:

—Se mete el destornillador en la ranura y se gira en sentido antihorario.

Sacó la chapa y algo cayó.

—¡Ahaaa! —exclamó ella levantando una bolsita de terciopelo negro.

—Era de la pulsera de mi vieja.

—¿Valía mucho?

—Oro macizo, pesada. El viejo la vendió, seguro —dijo Cavi fro-tando la bolsita que se deshizo nevando negro.

—Se pudrió, era una mierda —dijo ella al irse.

—La pulsera era linda pero lo que me fascinaba era la bolsita —dijo Cavi sin darse cuenta de que estaba solo. Se le secó la boca y se quedó absorto ante la mancha de polvillo oscuro a sus pies.

A Cavi el trabajo lo agotaba. Se suponía que ordenaba expedientes y cotejaba números sin sentido. La vez que intentó leer uno de esos mamotretos se encontró con un desbarajuste gramatical y hasta errores de ortografía.

—¿Y a vos qué te importa? —le dijo una compañera. Hací lo tuyo, cobrá tu sueldo y ni se te ocurra corregir porque te pueden acusar de adulterar un documento público.

Ella tenía razón. Cavi estaba trabajando por dos mangos en una cooperativa que a su vez lo mandaba al Municipio. Se quedaban con parte de su sueldo con la promesa de que quedaría en planta permanente. Le resultaba patético pero no tenía otra cosa. Mientras cumpliera con el horario, podía pasar el tiempo escuchando la radio o perdido en sus recuerdos. De chico le habían vaticinado un futuro brillante en el fútbol. A su padre lo contactaban cazadores de talentos. Su hermano lo atravesaba con ojos de furia y su madre, con su indiferencia blanda, parecía tolerarlo mejor. Una lesión le esfumó las esperanzas. Quedó ocasionalmente rengo y el breve interés que había despertado se transformó en desprecio.

—Hay que interrogarla —le dijo Brigitte.

“Para qué le habré contado”, pensó Cavi cerrando los ojos.

—¡Ey, no te duermas! —lo zamarreó ella.

—Si no me gustases tanto...

—...me habrías mandado a la mierda hace rato, pero lo nuestro va en serio, no sé si te diste cuenta. Precisamente por eso no cogimos, porque va en serio.

Él iba a contestar, pero Brigitte lo cortó con un gesto.

—Yo fui bastante ligera en el pasado y en el barrio tengo mala fama, pero las cosas cambiaron.

—Desde que heredé la casa.

—¡Claro! ¿Te pensaste que eras lindo? Es tiempo de una relación seria y el primer paso es que me admires.

Él se quedó absorto ante sus tetas. Ella le levantó la cara y señalándose la cabeza dijo:

—Por esto —y marcando cada sílaba siguió—: por consiguiente, debo resolver la investigación.

—¿Qué investigación?

—¿Otra vez? Vamos a ver a esa vieja —terminó Brigitte inapelable.

Cavi se había arrepentido de mencionar a la amiga de su madre, pero como no pensaba mandar a la mierda a Brigitte fueron a verla. La vieja tardó en abrirles. Caminaba con un andador. Lo reconoció de inmediato y Brigitte, ante su estupor, le contó sus deducciones. Magdalena se había quedado con la mano tendida para agarrar el bordado cuando Brigitte empezó y así permaneció hasta que terminó. Entonces dijo:

—¡Qué de locuras inventaste, nena!

—La comprendo doña —dijo Brigitte— pero es nuestra mejor hipótesis, ¿usted qué sabe?

Magdalena negó con la cabeza.

—Lo de “doña” metételo en el culo. Luego señaló a Cavi y le dijo—: Tu papá no se hubiera animado ni a tirarle a un blanco y ya que vinieron tómense unos mates y me acompañan un rato.

Él estaba abochornado y quería irse. Brigitte se metió en la cocina y volvió en pocos minutos con la pava y el mate. Aprovechó para hacer hablar a Magdalena que fiel a su estilo fabuló y divagó hasta vaciarse.

Caminaban de vuelta y Brigitte le dijo:

—No vamos a sacar nada de esta vieja.

—Fue al repedo.

—No, saber dónde no buscar también es útil.

Brigitte se detuvo en seco, él siguió de largo unos pasos y tuvo que volver. Ella estaba muy seria.

—Acá pasó algo muy jodido.

—Brigitte, a esta altura ya tendríamos que habernos pegado una revolcada.

—Para eso falta, ahora hay que hacer una segunda inspección de la casa.

Cavi corrió para alcanzarla. Lo había dejado parado.

Coco era un tipo jodido, había sido el único amigo que se le conociera al Rafa, y a Cavi le costó hacerlo hablar.

Al enterarse, Brigitte le recriminó:

—¡Ahaaa, investigando por tu cuenta! Me tendrías que haber dicho, vos no sabés interrogar.

Como le pasaba a menudo, Cavi se quedó sin saber qué decir y ella siguió—: ¿Tiene nombre el amigo de tu hermano?

—Coco.

—Eso no es un nombre.

—¿Brigitte sí?

Ella se esforzó para seguir enojada.

—Bueno Cavi, ¿qué dijo Coco?

—Que mi hermano se había conseguido un arma.

—¡Ahaaa!

—Con la plata de algo que afaná de la casa.

—¡Ahaaa, la pulsera!

—Que quería vender marihuana en el barrio.

—¡Ahaaa!

—Que había gente que no quería competencia.

—¡Ahaaa!

Cavi suspiró reconcentrado.

—Y después me dijo algo terrible.

Brigitte contuvo la respiración y esperó hasta que pareció explotar, entonces Cavi terminó:

—Se cagó de risa y me dijo que era todo mentira.

Brigitte se reclinó hacia atrás y asintió achinando los ojos. Él no quería interrumpirla, pero cuando se empezaba a aburrir preguntó:

—¿Alguna conclusión?

—No, no, no —repitió ella asintiendo.

La inmobiliaria mostró la casa varias veces y le hicieron ofertas ridículas. “Mal momento para vender” le dijeron, y él suspendió la

venta. Sacó el cartel y decidió mudarse allí. No iba a seguir pagando alquiler teniendo esa casa. Con acondicionar una pieza le bastaba, pero todo estaba en un estado tan lamentable que no lograba romper la inercia ni siquiera para limpiar. Se instaló en el comedor. Hizo conectar la luz e Internet. Agua tenía. “Estoy mejor que un rey de la edad media”, pensó. El sillón de un solo cuerpo estaba para tirarlo, pero era tan cómodo que a pesar de su aspecto repugnante lo dejó.

Corrió el aparador que se desvencijó lleno de boletas de cuarenta años atrás. Entre ellas encontró una ajada foto en blanco y negro. Era de las de antes: un acontecimiento. Se iba al estudio previa cita, con la ropa de domingo. Su bisabuela lo miraba desde la foto, con sus dos hijas vestiditas de blanco paradas a cada lado. La más chiquita, casi un bebé, era su abuela. Guardó la foto y revolvió un poco los papeles para asegurarse de que no fuera al fuego lo que debiera conservarse. El fuego, el tiempo. Mañana, mejor mañana. Hoy no tenía ganas. Nunca iba a tener ganas, pero mejor mañana.

En cualquier momento llegaría Brigitte. Cavi le había pedido ayuda porque quería estar con ella. Lo iba a volver loco pero era peor volverse loco en soledad. “Qué fuerte que está la guacha y que lástima que se le haya ocurrido volverse seria conmigo”, pensaba. Deambuló por la casa sin decidirse a comenzar. Cualquier cosa que tocaba le dejaba en las manos un oscuro polvillo adherente. Los golpes en la puerta lo sacaron de sus cavilaciones interminables. “Tendría que arreglar el timbre”, pensó. Brigitte entró, se paró en medio del comedor y venteó como un perro de caza.

—¿Cocinaste?

—Es la vecina.

Ella señaló hacia los costados y hacia el fondo.

—De la casa de este lado —dijo él.

—¡Cocina bien!

—Sí, ahora que lo decís.

—¡Vamos! —gritó ella saliendo.

La trató de parar pero llegó cuando ella había tocado el timbre. Atendió rápido la vecina. Cavi forzó una sonrisa y le dijo:

—Soy de la casa de al lado.

La vecina fingió no reconocerlo:

—Coco.

—No, Coco es el amigo de mi hermano.

—Rafa.

—Rafa era mi hermano.

—Ah, vos sos el otro.

Brigitte se rió y empezó su sutil interrogatorio.

—¿Usted por casualidad no sabrá quién mató al hermano del otro?

La vieja los echó a los gritos.

—Terminó rápido tu interrogatorio Brigitte.

—Si supiera algo lo contaba. Conozco a estas viejas chismosas.

La vecina

En todos estos años Cavi no la había visitado, y eso que había sido su alumno. Ni un saludo y ahora se aparecía a romper las pelotas de la mano de esa reverenda puta. Brigitte se había revolcado con todo el barrio. Pronto se le vendrían los años encima a esa guacha y no le iban a dar bola ni los ciegos. ¡Qué forma de vivir! Sin trabajar ni aguantar a un marido, acostándose con quien le diera la gana, de una aventura a otra. ¡Qué envidia! Ella había tenido que enganchar a un pelotudo de mierda, bancárselo treinta años y tramitar una pensión para ser libre en la vejez.

Hasta para Cavi era “la vecina”. Ni su nombre conocía el imbecil. Recordó divertida cuando engañó a la madre con el invento de que sabía inglés. Dos años dándole clase. El chico era muy lento para aprender y nunca pasaron del “To Be”, que ella misma tenía

que repasar y vaya a saber cómo mierda se pronunciaría. Al pibe más grande no se lo mandaron nunca. Era todavía más lento que Cavi, no valía la pena. Estaba segura incluso de que el Rafa había nacido medio monki.

Ella, la vecina, la que acompañó a la madre de Cavi cuando mataron al Rafa. Toda la noche en el velorio intentando quedarse sola con el fiambre para poder verle el famoso balazo. ¿Y dónde estaba Cavi cuando tanto lo necesitaban? Recuperándose de un accidente automovilístico. Siempre con una excusa. ¿Y quién acompañó a la madre de Cavi, tan modosita, tan sufrida, cuando se le murió el inútil del marido? La boluda de la vecina por supuesto. ¿Y quién llamó a la policía cuando el olor que salía de esa casa le resultó insoportable? La vecina, la única atenta a lo que pasaba. Y la policía ni siquiera la dejó entrar. Con las ganas que tenía de ver a la madre de Cavi llena de gusanos. ¿Le dio las gracias ese boludo de mierda alguna vez? No. Se da por sentado que una no tiene otra cosa que hacer que ayudar. Aunque lo más probable era que ni se hubiera dado cuenta. Sin embargo, se había atrevido, con el pretexto de hablar de cosas que no le importaban a nadie, a aparecerse con esa Brigitte para joder a la vecina. ¡Por Dios, qué mundo de hijos de puta!

Cavi

Cavi iba a tener que ordenar y limpiar sí o sí. Ya había traído sus cosas: la ropa, una cama de plaza y media de algarrobo, la compu y una radio Spica que había sido de su viejo. “Qué pobre soy carajo”, pensó. La cama era lo único de calidad que había tenido en su vida, lo más sólido. La puso en el comedor contra una de las paredes. Cerca colgó la bibliotequita de unos clavos que ya estaban. Quedó inclinada y vacía. Regresar a la casa le simplificaba la vida pero potenciaba su indolencia. Se quedaba absorto ante los discos de pasta de su abuelo,